

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Sermon sobre la Anunciacion.

(Continuacion.)

Dios eligió á María para Madre de su Hijo, y antes de ofrecer á las miradas del mundo esta maravilla de su poder, de su sabiduría y de su amor, escogió todo lo mejor y mas perfecto que habia en los tesoros de su omnipotencia para engrandecer á María, poniéndola á la cabeza de la creacion, de modo que fuese reconocida, aclamada y venerada por todas las generaciones como Reina de los Angeles, como Emperatriz de los cielos y Señora de la tierra. *Constituit illam Reginam Angelorum, et Dominam cæli et terræ* (1).

Esta elevacion de María brillará con nueva luz si consideramos

(1) S. Bern. Serm. 16 de M. V. art. 5. cap. 12.

que con motivo y á causa de su divina Maternidad hubo entre la Madre y el Hijo *una comunicacion de bienes*, cual no la hubo jamás ni la habrá en la sucesion de los tiempos entre Dios y sus criaturas. El mismo S. Bernardo, cantor tan enamorado como discreto de Madre Dios afirma la conveniencia de que la dichosa mujer, elegida entre millares para concebir y dar al mundo el suspirado Libertador, fuese elevada á cierta igualdad divina y enriquecida con todas aquellas grandezas y perfecciones que son competibles con la limitacion de una pura criatura. *Quod fæmina Dominum pareret..... oportuit fæminam elevari ad quamdam æqualitatem divinam* (1).

Y no es maravilla el hecho de

(1) S. Bern. Serm. 16 de B. V. M.

an grande y sublime elevacion. Porque se explica y justifica por el amor de Jesucristo á su bendita Madre. Si en nuestra mano estuviere la eleccion, aun mas, la formacion de la mujer que habria de ser nuestra Madre, y tuviésemos á nuestra disposicion riquezas, primores y venturas, agotaríamos todo nuestro poder, todo nuestro ingenio y todos nuestros tesoros para darnos una Madre que aventajase en grandezas y perfecciones á todas las madres de la tierra.

Lo que es imposible para los hombres, es muy posible para Dios. María inclinó su cabeza ante el anuncio del Angel, abrió su corazón á la palabra de Dios como se abre el capullo de la azucena á los besos de brisa matutina, descendió á su seno el Hijo de Dios, y obróse por obra y gracia del Espíritu Santo el augusto misterio de la Encarnacion. El Verbo se hizo hombre en las virginales entrañas de María, nació de su seno sin romperle ni mancharle, creció en los brazos de esta Madre Virgen, se alimentó con el purísimo néctar de sus pechos, y el Hijo de Dios, mirando á su Madre, con miradas que dan la vida, la belleza y la dicha, decia al oido de María: Me has dado el sér de hombre, y yo quie-

ro darte los tesoros de Dios. *Communicasti mihi quod homo sim; communicabo tibi, quod Deus sim* (1).

El divino Salomon ha colocado á María en su mismo trono, y comparte con ella su inmenso poderío, y su regia soberanía. Ella es Reina de los Angeles, porque su Hijo es el Rey de los ejércitos angélicos; Ella es tesorera de todas las gracias porque su Hijo es el tesoro de todos los bienes; Cristo es la fuente de todos los dones, el océano de todas las gracias que descienden del cielo á la tierra, y María es el *aqueducto*, el límpido y sacratísimo canal de todas ellas; Cristo Señor nuestro es el Monarca del tiempo y de la eternidad, Rey absoluto de las inteligencias y de los corazones, de los individuos y de las sociedades; María es la Princesa de las naciones, la solícita y amorosa Gobernadora que rige el imperio de las almas, el orden natural y sobrenatural de la Providencia, y dispone con blanda y eficaz solícitud la distribucion de las gracias y mercedes que de Dios como fuente infinita y eterna fluyen por medio de María en purísimos raudales hasta el fondo de los corazones y al seno de las sociedades. El día de la

(1) Guerrilcus Abb. Serm. 1 de Assump.

Anunciación, por haber sido elegida para Madre del Verbo, á causa de su humildad, recibió María como Hija del Padre, como regalo de las místicas bodas con la humanidad los tesoros de la Omnipotencia, como dote del Espíritu Santo el cielo y la tierra, y como presentes de su Hijo todos los méritos de la Redención y todas las glorias conquistadas el día de su gloriosa Resurrección y Ascensión, término dichoso y remate sublime de las obras divinas, consumadas para su gloria suprema y nuestra dicha eterna. Por haber merecido Jesús los gloriosos títulos de Redentor, Reparador, Reformador, Libertador y glorificador del género humano, participa María de esas glorias, y se engalana con los mismos nombres, pues vemos que los Santos Doctores de la Iglesia la llaman Redentora, Reparadora, Reformadora y Ahogada nuestra á causa de la parte que tuvo en la obra de nuestra Redención como Madre del Redentor, y por su cooperación amorosa y eficazísima á la santificación y glorificación de las almas que después de militar en la Iglesia de la tierra, se levantan coronados de triunfos, y van á ingresar en la Iglesia triunfante y gloriosa de los cielos.

Levantemos, pues, nuestra fren-

te del polvo terreno, y pongamos nuestro corazón en María cuyas glorias y grandezas engrandecen y glorifican nuestra naturaleza. Esas grandezas y esas glorias que la elevan sobre toda humana y angélica grandeza se cifran en su divina Maternidad, pues á causa de ella conviene con su Hijo en la excelencia de la naturaleza, participa de su dignidad y se adorna con sus perfecciones, siendo por esto mismo un portento de la naturaleza y una maravilla de la gracia.

Pero los grandes y poderosos no lo son en los designios de Dios para sí mismos, sino para socorro de los menesterosos y alivio de los débiles. Creamos firmemente que así como Jesús nació, vivió y murió por nosotros, y por nosotros vive en el cielo y dirige los destinos de la tierra, también su Madre ha recibido tanto poderío y tanta gloria para ayudar á su Hijo en la obra de la santificación y glorificación de la humanidad redimida con su sacrificio. Acudamos, pues, á esta Madre cuyo poder no tiene límites y cuyo amor no tiene rival, y confiemos que serán favorablemente despachadas todas nuestras súplicas. Las necesidades aumentan cada día, crece la inmortalidad, se corrompen las costumbres, y gran

número de hombres abandonan los caminos de la fé y de la virtud para dar su inteligencia, su corazón, su alma y su eterno porvenir al demonio de la incredulidad y del vicio.

Huyamos nosotros del maldicho campo donde se niega la fé, se escarnece la moral y se hace chacota de la virtud, y volvamos los ojos á María, Reina amorosa de cielos y tierra á fin de que Ella ponga en nosotros su mirada fecunda y creadora que es la vida, la dicha y la salvacion de sus hijos, Amen.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

EL VIAJE DEL ANACORETA.

La leyenda refiere, que un anciano anacoreta fué tentado, en medio de sus mortificaciones, por el enemigo; quien no pudiendo vencer su carne, trató de turbar su espíritu, sembrando en él la duda acerca de la justicia de Dios.

—Si Dios fuera justo le decía el tentador, sucedería acaso esto y aquello?... Y Satanás abría los Sagrados Libros, y señalaba maliciosamente los pasajes en que David, Job, Salomon y los profetas se quejan al Señor, de ver á los malvados vestidos de púrpura, y pobres despreciados á los buenos; y añadía: Medita!....

El solitario meditó; y la duda, una

duda espantosa, comenzó á torturar su alma Fatigado por último de lucha tan porfiada, y no consiguiendo vencer la tentacion, se dedicó á dejar la soledad y recorrer el mundo, en busca de pruebas de la justicia divina, para contestar á Satanás.

Dios tuvo en cuenta su buena intencion, y no permitió al tentador que lo siguiera.

Apenas habia comenzado el camino, se le presentó un jóven peregrino, que enterado del objeto de su viaje le pidió permiso para acompañarle en él.

Aquel jóven tenia un encanto indefinible, así que el viejo ermitaño aceptó con regocijo su proposicion.

A la caída de la tarde, llegaron los dos á un antiguo castillo, y á instancia de su guia recibieron en él una hospitalidad generosa. La misma castellana y sus hijos quisieron servir por sus manos á los piadosos viajeros.

Mientras ejercian con ellos esta obra de caridad, llegó al castillo un mensejero con el rico presente, que un enemigo mortal del señor le ofrecia en señal de conciliacion. Era una copa de oro, ricamente cincelada, y en la cual se suplicaba babiese, al menos, una vez á su salud. Todos alabaron, llenos de admiracion la copa, que fué puesta, por órden del castellano, sobre la mesa, pero servirse de ella en la primera comida.

Al amanecer del día siguiente, los peregrinos se marcharon colmados de

regalos: el castellano les dió un bolsillo lleno de oro, diciéndoles:

—Yo he recibido un don, y es justo os haga á mi vez otro.

Pero mientras, continuando su camino, los dos bendecian á sus caritativos huéspedes, tan bondadosos con ellos, el anacoreta quedó estupefacto, al ver que su compañero sacaba de debajo de la túnica, la magnífica copa regalada al castellano; de la que se habia apoderado antes de partir, abusando de la confianza que se les dispensara. El jóven le hacia admirar lo maravilloso del trabajo; pero el anacoreta indignado, exclamó:

—Hijo mio, que es lo que has hecho?

El jóven peregrino al oír esto, se sonrió de una manera inexplicable, conteniendo con su sonrisa la cólera del anciano, y ocultó de nuevo la copa bajo la túnica.

La segunda noche de su viaje, los peregrinos fueron hospedados por un viejo avaro, vil y miserable, muy mal vestido; aunque inmensamente rico.

Al entrar en su casa, lo hallaron sentado sobre una gran arca en que guardaba sus riquezas. Les rehusó hasta un poco de paja, que le pidieron para dormir, y no les hizo buena cara sino cuando llegó la hora de la partida. Entonces fué cuando el jóven peregrino le dió las gracias por su hospitalidad, con mas efusion que las habia dado la víspera á los castellanos, y le regaló, en prueba de su reconocimiento, la copa arrebatada en el castillo.

La estupefaccion del anacoreta iba en aumento, y desde el fondo de su alma pedia al Señor, moviese á arrepentimiento el corazon de su compañero, culpable de tamañas injusticias,

Continuando su viaje, llegaron al otro dia á un pueblecillo, y el jóven llamó á la puerta de una pobre casa, y pidió un poco de agua.

—Bien venidos seais, buenos peregrinos que venis en nombre del Señor; recibir á sus enviados procura siempre la felicidad, dijeron los de la casa. Y les dieron de beber.

Pero apenas habian salido del pueblo, al subir una cuesta, vieron que la casa ardia, desplomándose á poco rato con granda estruendo.

El anacoreta se preguntaba, cómo habia podido sobrevenir tan repentinamente la desgracia, y si tendria su compañero alguna parte en aquella nueva iniquidad. Su alma estaballena de amargura, y caminando, pensativo y cabzabajo, se decia:

—Tendrá acaso razon Satanás?... Será que no existe la justicia de Dios sobre la tierra?...

Un silencio glacial reinó desde entonces entre los dos viajeros. Pero, al atravesar un gran bosque, su silencio fué turbado de pronto por extraños y prolongados gemidos. Los gemidos salian de una cabaña escondida enteramente bejo los árboles.

Aproximáronse á ella, y vieron junto á una cama de yerbas y hojas secas, en la que habia un niño, una pobre

mujer que se retorció los brazos de dolor, y daba grandes gritos; porque era la madre del niño y éste se hallaba muy enfermo. El padre, inmóvil y aterrado los miraba sin llorar, con aire sombrío; pero no rezaba.

—Valor! pobre madre dijo el joven; y tomando un vaso que había sobre la mesa lo llenó de un licor dorado, y lo aproximó á los labios del niño.

El niño lo tomó con avidez, pero apenas lo hubo bebido, cayó sin movimiento sobre su lecho. La muerte había sido instantánea.

El anacoreta tambaleaba de horror. su miserable compañero cometía, como por juego, los mayores crímenes!.... que iban á pensar de ellos aquellas pobres gentes!....

Sin embargo cosa extraña! Ni el padre ni la madre parecieron irritarse, y el padre les dijo:

—Buenos peregrinos, el camino es muy peligroso en este bosque, y podría ocurrirnos alguna desgracia; yo os serviré de guía hasta el próximo pueblo.

Salieron en efecto los tres, pero en el momento en que el guía, comenzaba á atrevesar un puente muy estrecho tendido sobre un precipicio, animándolos á que lo siguieran sin miedo, sucedió una cosa horrible, el joven que se había apoderado de la copa, el que había enriquecido injustamente al svaro, hechó aïder la casa y envenenada al niño; rechazando la mano, que el guía le alargaba para ayudarle, lo empujó violentamente, y lo precipitó en el abismo.

Al verlo caer, el viejo anacoreta dió un grito de espanto y de indignacion. Esperaba que la tempestad estallase de repente sobre sus cabezas, y un rayo de la cólera divina hiriera por fin al culpable.

Pero el cielo continuaba sereno, y el culpable sonreía, como si acabase de ejecutar una buena acción.

Súbitamente la escena cambia: encima del mismo puente que ha sido teatro del crimen, se eleva resplandeciente sobre una nube el joven peregrino, transformado en el glorioso arcángel San Miguel, cuyo grito de guerra es: *Quis ut Deus?*

El anacoreta cae de rodillas, y oculta la cara entre sus manos.

Que justicia hay comparable á la de Dios? le dice el Arcángel. Tú has querido buscarla, y en verdad te digo, que acabas de verla en parte.

La copa que tomé en casa de los piosos castellanos, que nos acogieron caritativamente; había sido envenenada por su enemigo; y el viejo svaro á quien la di, en castigo de su dureza, sufrió las consecuencias de su pecado: ha muerto dejando en este mundo su tesoro.

Los pobres que nos dieron de beber, por amor de Dios, en el camino, y cuya pobre casa ardió á nuestra vista, encontrarán bajo las ruinas, al levantarla de nuevo, un gran tesoro que de

otro modo hubiera permanecido eternamente oculto, y podrán con él hacerla mas espaciosa y salir de su miseria. Esta es la recompensa del vaso de agua.

—
El niño que he sacado inocente de este mundo, hubiera sido un malhechor; porque su padre, que acabo de arrojar al abismo, era un criminal endurecido, que asesinaba sin piedad á todos los viajeros que atravesaban el bosque, y se había ofrecido á servirnos de guía, con intencion de echarnos al precipicio, en que él yace ahora al lado de sus antiguas víctimas.

—
Así, muchas veces, lo que es justo á los ojos de Dios, no lo es á los ojos de los hombres; y nadie sabe si lo que cree un bien, no es en rigor un mal. El Señor de la vida, la ha dado por bondad y puede muy bien quitarla, por misericordia ó por justicia; sin que los hombres adivinen los motivos insondables de sus secretos.

—
El Arcángel desapareció, al decir esto, entre una nube de púrpura y de oro.

El anacoreta se volvió entonces á su antigua soledad, curado enteramente de todas sus dudas. Satanás derrotado no se atrevió ya á tentarlo en adelante y el santo solitario murió, muchos años despues, bendiciendo á Dios que le había dejado entrever los tesoros de su justicia, unidos siempre á los de su misericordia.

(De *L' Almanach du Pèlerin*).

— — —

Los ignorantes.—Contra los libre-pensadores, que están siempre tratando al Clero de oscurantista, vamos á presentar nada mas que algunos datos, entre otros muchos, hijos de una sencilla ojeada echada sobre las ciencias.

Se deben pues:

A Beda, monje inglés del siglo VII, el primer trabajo metódico acerca de la dactilonomía y la chiromancia, ó sea el cálculo por los dedos y las manos.

A Vigilio, Arzobispo de Salzburgo, en el mismo siglo, la primera afirmacion de la redondez de la tierra y la existencia de los antipodas.

A Guy, monje de Arezzo, la clave, la escala musical y la armonía.

Al diácono Giojo, el iman y la brújula.

Al dominico Spina, los anteojos.

Al dominico Alberto el Grande, el zinc y el arsénico.

Al monje Regerio Bacon, las ideas claras sobre todos los descubrimientos de nuestro siglo.

Al fraile Schwartz, los fusiles y la pólvora de cañon.

A Ricardo Walingfort, Abad de San Albano, en Inglaterra, la construccion del primer reloj astronómico en 1326.

A Bas el Valentino, benedictino, la primera aplicacion á la medicina de los recursos de la química.

A Lucas de Borgo, el Algebra.

Al jesuita Kircher, en 1697, la primera linterna mágica y la construccion del primer espejo ardiente por medio de los vidrios planos.

Al jesuita Cavalieri, que murió en

1647. la difracción de la luz y el descubrimiento de los infusorios.

Al Cardenal Regio Fontano, el sistema métrico.

A este mismo Cardenal, á Copérnico y al Cardenal Cusa, el verdadero sistema del mundo. Y al mismo Cardenal Cusa, antes de Galileo, la rotación de la tierra alrededor del sol inmóvil.

Al benedicto español Ponce, el principio de la instrucción á los sordo-mudos en 1570, que después propagó y perfeccionó el presbítero francés L'Epée.

Al P. Luna, jesuita que murió en 1687, la instrucción de los ciegos.

Al Cura Camponi, que murió en 1680, la invención del corte de piedras.

A un monje italiano del siglo XVII, el descubrimiento del arte de desenvolver los manuscritos de Herculano.

Al diácono Nollet, de Pimpre (Francia), el honor de haber explicado dos años antes que Franklin las tempestades por la presencia de electricidad en las nubes. Y el para-rayos también lo fué antes que por Franklin, por un Cura premostratense austriaco, premiado por María Teresa y la Academia de Viena, según puede leerse en las Memorias de ésta.

Respuesta oportuna.—Celebrábanse en una población de Francia los exámenes para aspirar al premio de capacidad, y uno de los examinadores tuvo la idea de hacer la siguiente pregunta á una Religiosa que se examinaba: «¿Cuál es el acto que más trabajo os ha costado desde que estais en la Comunidad?» Y como ella no contestara ante la insistencia del exa-

minador, respondió al fin: «Si he de decir la verdad, lo que más trabajo me ha costado ha sido obedecer á mi Superiora cuando me ha mandado que me presente ante usted.»

El examinador se queda sin saber que replicar, y sus colegas le miran sonriéndose y como queriéndole decir: «Bien empleado te está.»

Conversion.—Muanga, el Rey destronado de Uganda, se ha refugiado en las misiones católicas, y en este momento se instruye en las verdades de nuestra fé para abrazar el catolicismo.

Este Muanga, durante su reinado, fué un ferocísimo perseguidor de cristianos. Hace dos años próximamente mandó quemar vivos, en odio á nuestra fé, á cien jóvenes y niños católicos de su reino, muchos de los cuales eran todavía neófitos. Aquellos mártires negros fueron uno por uno envueltos en haces de leña seca y colocados en tierra formando círculo, con los pies vueltos al centro donde se comenzó el fuego, de tal suerte, que fueron abrasándose lentamente de pies á cabeza.

Como sus verdugos les exhortasen á renegar de la fé cristiana en el momento en que comenzaron á ser víctimas de las llamas, ni uno solo vaciló y todos murieron cantando alabanzas al Altísimo.

La Sagrada Congregación está formando ahora el proceso de su beatificación.

